

CURSI HISTORIA DE AMOR

*Por Ana Elena Gómez Clavel*



Este texto no es para Enrique

Sin importarte los empujones de la gente, subes las escaleras que conducen a la calle. En cada pisada —lenta, cansada— parece como si quisieras derribar los peldaños de mármol. Pero no. Tus deseos no son opacar personajes mitológicos como ¿Cabracán? (¿así dijo el inválido que se llamaba?), que hacen retumbar las montañas a cada paso. Y subes con indiferencia, hasta que el impulso de ascender se ve coartado por un par de piernas —un poco arriba de las tuyas— varicosas, que sostienen por artes malabares un cuerpo fodon-go y obeso.

Te detienes un momento y al observar las culebrillas azules que escapan a la calceta de toalla, que de tan usada se cae sola, no puedes evitar una sensación de repugnancia. Al voltear hacia uno de los escaparates que abundan en el descanso de las escaleras, pretendes convencerte de que la repugnancia no estaba ya solapada bajo tus pantalones-de-mezclilla-saco-azul que te hacen veterana a la vista de los cuates. Cuando te topas con un suéter blanco y de aplicaciones de flores que gira alrededor de un tubo niquelado, comienzas a ver, uno tras otro, los recuerdos de la primera vez que lo conociste. El tiempo era terrible y habías percibido el otoño en las seis o siete hojas resacas que flotaban en derredor de un ojo invisible, como caballos de tiovivo. Pero después se dejó llegar toda la estación a tu cuerpo. Una sensación de reseque-dad rozó tu piel y no te quedó más remedio que huir de la calle, que a cada instante amenazaba con convertirte en una hoja más.

Entraste, intempestiva, en una casa cuyas habitaciones, semana a semana, te serían cada vez más familiares. Y te enojaste: esa manía tuya de apoyar todo el cuerpo en un sólo punto. En esa ocasión fue la espalda, y ante la puerta intencionalmente emparejada, de nada valió la movilidad de tus piernas. Por suerte, después de la puerta estaba el pasillo, de lo contrario, toda aquella gente que salió apresurada para inspeccionar lo sucedido, no sólo te hubiera visto en el suelo sino, además, en plena caída. Y te enojaste más cuando comprendiste que la mayoría de ellas no preguntaban tus molestias

ni la forma en que te habías accidentado tanto por una preocupación más o menos humana, cuanto por la ansiedad de imaginarte en sus aburridas mentes y divertirse un poco, exprimiendo lo irrisorio de cada detalle por tí narrado, en un afán de provocar interés y hasta, quizá, compasión.

Tal vez pensaste en algún consuelo de los del tipo que proferirían tus padres si te encontraran en una situación similar. Pero no. Las indirectas de torpeza te llenaron de agua los ojos y no pudiste evitar que se precipitara rodando a través de tus mejillas ardientes por la vergüenza. Pretextaste que era el dolor en el cóccix. Mientras te lo sobabas con discreción, echaste un vistazo al muestrario de caras que te rodeaban (luego las conocerías a todas y, a su vez, ellas terminarían, en un lapso no reducido, por 'aceptarte'). Una de ellas parecía dirigir a las demás, lo que comprobaste en la seña que hizo para que te ayudaran a levantar.

Cuando te invitaron a pasar a la estancia, "pero por favor, olvida tus entradas originales", descubriste una sala poblada de cuadros raros, de esos que tu padre tachaba de obras de arte sólo que a nivel infantil, y de los que retiraba la vista como si se encontrara ante la historia clínica de un paciente desahuciado. Los muebles forrados de un terciopelo azul rey enmarcaban una mesa de acrílico transparente, en la que había cinco ceniceros repletos de colillas.

Instalada en una silla, observaste al del rostro burlón que había dado la seña para que te ayudaran. Supiste su nombre porque el inválido que estaba a su lado le pidió unas hojas. "Enrique", repetiste para tus adentros mientras una mezcla de rencor y curiosidad se confundía en tus miradas, que deseaban 'fulminarlo todo'.

Una vez que el inválido dio por terminada la sesión, de que te invitó a participar en ella cada jueves como resultado de la confesión-no-pensada de que tú también escribías, te dispusiste a salir rumbo a casa; sin embargo, una preocupación te acercó a la ventana que daba a la calle. Los remolinos de viento no habían cesado. Antes de que escuchases el ofrecimiento de Enrique para llevarte a tu casa, reclinaste la cabeza y la apoyaste en uno de los cuadritos de vidrio; con las yemas de dos dedos recorriste la madera de los marcos: querías pensar, rescatar el incieente que te llevó a ese lugar y te obligó a soportar las burlas de las —ahora sí podías precisarlo— dos chicas y seis muchachos que se olvidaron de ti cuando, ya reestablecidos en sus respectivos sitios, criticaron sus textos. Necesitabas pensar para volver justificable el acto mismo de pensarte recorriendo con los dedos los marcos de la ventana. Precisabas pensar porque una nueva lágrima había ido a humedecer tu suéter blanco con aplicaciones de florecitas. Y sentiste frío. Quizá se debiera al contacto con la superficie helada en que reposaba tu frente o al intento de recordar todas las veces que habías asumido esa posición. No era fácil enumerarlas, pero la sensación de su frecuencia no podía ser errónea.

Te separas del cristal del escaparate porque sientes que has incurrido en la misma falta. Por las noches ya no colocas las piernas flexionadas a la altura de la barbilla, mas la costumbre de recargarte toda en alguna superficie lisa, en general, por medio de la frente, aún te sigue acompañando. Levantas la cabeza y dispones reanudar el ascenso por las escalinatas. Continúas con tu paso lento y descubres que la mujer de piernas varicosas ha logrado, al fin, llegar a la calle.

Afuera, miras con sorpresa cómo se coloca en la fila, mal alineada, que espera impaciente el camión que te dejará a dos cuadras de tu casa. Imaginas que la fatalidad te llevará al asiento donde el par de piernas repugnantes encontrará momentos de descanso. Tratando de huir de esa idea atosigante, te refugias en la gran cantidad de papeles, cigarros, botellas, colocadas con descuidada perfección a lo largo y ancho de la calle con el firme propósito —crees— de asquear a los transeúntes. En eso, un ruido de motor se acerca a la fila. Mediante una hábil maniobra, el chofer deja pasar una de las llantas sobre el charco de agua sucia. Al absorber con un pañuelo las manchas de tus pantalones, codicias un lugar en el avión que en estos instantes surca la noche. Te sientas en un cómodo sillón tomando con deleite un vino blanco, mientras tus ojos se inclinan sobre la ventanilla.

Piensas que las luces de neón, las marejadas de personas que a intervalos de tiempo más o menos regulares, vomita el metro; la basura, los mismos camiones, integrarían a la perfección las superficies indefinidas de una pintura de Monet. Pero deseas más aún. Ya no es sólo negar la existencia de lo que te molesta volviendo imprecisos los contornos, ni que superpongas millares de vidrios a lo doloroso, a la figura de Enrique cuya sonrisa culebrea en su rostro, como las varices de la señora que te precede abajo, en la fila, en tanto que tú, ahora en el avión, reúnes pedazos de cristal en un intento por desvanecer límites y ver transformado el mundo en un constante fluir de agua, en un elemento que puedas tocar sin que te ensucies o hagas daño. Y prefieres simplificarlo todavía más. Tomar los pinceles de Guttsujo y convertir esa asquerosa calle que te reclama para abordar el camión, en un cuadro cuya sobriedad de líneas impidiera que se colaran, por alguna resquebrajadura, sabores y olores viscosos.

El avión termina por ocultarse tras grandes nubarrones. Bajas la vista para continuar el movimiento que te hace aproximarte al estribo y subes. Por fortuna tus predicciones no se cumplen y puedes sentarte junto al señor que intenta leer una revista con la escasa luz del interior.

Un olor a sándalo se aproxima a tí hasta tocarte los senos y penetrar tus sentidos. Te preguntas de dónde procede y al ver una chamarra de piel parecida a la de Enrique, prefieres no averiguarlo. Cuando recargas la cabeza sobre el armazón que sostiene las ventanas del camión, el aroma te ha invadido por completo.

Dentro de la diversidad de fragancias exóticas, aunadas a la del tabaco claro, la de Enrique te subyugaba lo suficiente como para alejarte de las reuniones. Por eso, cuando el inválido preguntaba tu opinión acerca de algún poema, te costaba trabajo centrarte y sólo atinabas a mencionar tonterías o, en el mejor de los casos, a repetir lo que otros habían dicho apenas unos instantes atrás. Pero tú ya no hacías 'versos'. Para qué, si Enrique y el inválido sostenían que lo que escribías ya lo había dicho Agustín Lara, y además musicalizado. Por eso te dedicaste a la narrativa, con temas que tú nunca te hubieras atrevido a tratar, de no ser porque la imagen de Enrique siempre te esperaba en la hoja en blanco que te disponías a profanar. Y cuando él te criticaba frente a esa masa informe que pocas veces disentía de su criterio, te habría gustado describir la disparidad que encontrabas en la posición de sus labios al hablar, con un dejo despectivo, y la solicitud con que besaba tu pubis o tus hombros. Entonces reías nerviosa, con las mejillas deshilvanadas y unos ojos que aceptaban la culpa en cada parpadeo. No sabías por qué,

mas el aroma de sándalo, lejos de recorrerte la piel en una caricia profunda, se te volvía entonces un vacío que se posesionaba no sólo de tus vísceras sino, también, de tu espíritu. Por eso tus constantes escapadas al baño y las excusas, siempre prosaicas, para que no te vieran llorar; como la primera vez que llevaste tus textos, en la que tras tu negativa a mostrarlos los leyó el que, en un descuido, te los había arrebatado.

Te incorporas un poco al ver una pareja que se sienta frente a ti. Sus palabras, besos y las posteriores lágrimas de la chica te hacen pensar en una historia de amor: se aman con locura, pero ésta es la despedida. Y comienzas a imaginar los pormenores, las conversaciones en algún parque a la sombra de un eucalipto, las caricias tímidas del amante que apenas si rozan la cintura de la joven. También intuyes una serenata bajo el balcón para festejar su cumpleaños o simplemente como tributo de adoración. Entonces ¿por qué la despedida? Ah, lo de costumbre, los padres y. . . No, no. Estás tan influida por los gustos de Enrique, que a pesar de ser sólo una anécdota, sin desarrollo conceptual ni formal, te parece ramplona, lineal, en una palabra: CURSI.

Al escuchar el grito con que expresaste mentalmente esa palabra, te molestas y comienzas a tejer otro argumento: se conocen en una reunión literaria; a pesar de las diferencias en educación, intereses, formas de pensar y de vivir, llegan a la cama y hasta parecen estar. Pero para él, las historias de amor verdadero no son más que conjuntos de palabras pasados de moda, sin vigencia ni realidad, sólo reflejos de imágenes en el espejo oval de las tradiciones. Sobreviene la separación. Ella decide olvidar. Ya no compartirá, por venganza, ni su cama ni sus pensamientos; incluso siente aversión hacia todos aquellos silogismos que la hicieron romper con su antigua, pero muy honorable, concepción de la vida. Al final, ella regresa a casa en busca del perdón materno y con deseos de recuperar el tiempo perdido. Colorín, colorado, este cuento. . .

Esbozas una mueca de insatisfacción. Pero después, casi haces sonoro un signo de indolencia. Dices que ya nada te importa y mientras recargas otra vez la frente en el cristal de la ventanilla, te ves arropada en tu cama. Sin embargo, a pesar de tu rompimiento con un seudopasado, comienzas a llorar. La almohada se humedece más y más. Sabes que el calorcillo de las cobijas cubriéndote el cuerpo o el beso de bienvenida-buenas noches de papá y mamá, no son sino refugios temporales. Intuyes que la noche ha comenzado más temprano que de costumbre y que, de la misma forma, tardará en marcharse. Abres los ojos y observas, a lo lejos, una serie de finales fragmentados que jamás podrán llevarte al punto de despegue, porque sencillamente no gustan de realizar maniobras circulares.

Puedo recordar el futuro. Veo tu sombra acercarse y tocar, sin querer, el monito de peluche que rodea la base de la lámpara de tu escritorio y que, por desidia, costumbre o ambas cosas, no has arrojado a la basura. Te veo con la mirada fija en la máquina de la que va surgiendo a cada teclazo, como una prolongación de tus uñas, un texto que, puedo asegurarlo, no dedicarías a Enrique.

